

FRANCESC PI Y MARGALL Y LA CRISIS DE MELILLA DE 1893-1894

Josep Pich i Mitjana, *Francesc Pi y Margall y la crisis de Melilla de 1893-1894*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2008, 505 pp.

Tal como se recoge en el título, Josep Pich se ocupa en el libro de analizar la actividad desarrollada por el político republicano Francesc Pi y Margall en relación con la guerra de Melilla. La extensa monografía escrita por Pich aporta, no obstante, mucho más de lo que un título tan concreto sugiere. Estamos, de hecho, ante un libro que puede leerse como un análisis pormenorizado de la crisis de Melilla, un conflicto seguido prácticamente día a día por el autor, en cuyo hilo discursivo se recogen no sólo las opiniones y la actuación del principal dirigente del republicanismo federal español al respecto sino también los múltiples factores, actores y escenarios que estuvieron presentes en dicha crisis. Tanto es así que, a veces, la opinión de Pi queda incluso un tanto diluida en la propia narración del libro.

Un libro que empieza, tras un prólogo de Ángel Duarte, con una brevísima y concentradísima biografía, política y personal, de Francesc Pi y Margall, presentada en apenas diez páginas. Un primer capítulo al que sigue un segundo epígrafe, también introductorio, sobre el africanismo español. Junto al análisis del discurso antiimperialista de Pi, en este segundo capítulo se recogen de forma coral las propuestas y apuestas de algunos de los más destacados africanistas de la época, como el catalán Josep Ricart i Giralt, el aragonés Odón de Buen y el polifacético Gonzalo de Reparaz, entre otros. Le sigue un tercer capítulo dedicado a presentar los precedentes de la crisis y un cuarto epígrafe, titulado «la guerra de Margallo», que describe los pormenores del conflicto bélico en sí. A partir de ahí, Pich se ocupa de analizar «la movilización patriótica durante la guerra chica» así como «la resolución del conflicto»; lo hace en sendos capítulos que preceden a las conclusiones y a los interesantes apéndices que cierran el libro.

Es preciso señalar y resaltar que el libro en cuestión cuenta con unos extensos apéndices que ocupan desde la página 307 hasta la página 505. Unos interesantes apéndices donde se recogen, sobre todo, los artículos que Pi y Margall dedicó al conflicto y que publicó entre octubre de 1893 y el mismo mes de 1894 en el semanario *El Nuevo Régimen*. Pero que recogen, también, la transcripción de algunos artículos publicados entonces en el órgano fusionista barcelonés *La Vanguardia* así como un texto del republicano Odón de Buen sobre «la cuestión hispano-marroquí» y la transcripción del convenio firmado entre los gobiernos de España y de Marruecos para acordar la paz, entre otros materiales. Unos materiales que otorgan al libro un valor añadido superior y que cabe agradecer

tanto al autor de la monografía, por su esfuerzo de selección y de transcripción, como al editor de la misma. No en vano, el libro se incorpora como un título más de la interesante colección Alborán, dirigida por Eloy Martín Corales y dedicada a publicar trabajos sobre el mundo árabe y, particularmente, sobre las relaciones de España con el Magreb. En un mundo editorial marcado por una visión demasiado constreñida, a veces, por cuestiones de costes, contar con una editorial como Edicions Bellaterra que permita a los autores publicar sus trabajos con un notable aparato crítico, como el que aquí presenta Josep Pich, es una gran suerte para el mundo académico. Si acaso, el único apunte que cabría hacer al trabajo es la ausencia de una bibliografía final que sistematice los textos que el autor ha utilizado para la elaboración de su libro. Ahora bien, más allá de los apéndices, las numerosas y, en algunos casos, extensas notas a pie de página ponen de relieve el valor tanto de la publicística (en forma de folletos) consultada por Josep Pich como de la prensa que el autor ha utilizado para la elaboración de su trabajo.

El libro vuelve a insistir en un fenómeno conocido: la actuación antiimperialista de Pi y Margall representaba, por decirlo en las mismas palabras que utiliza Ángel Duarte en su prólogo, «una voz en el desierto» (p. 18). Si bien es cierto que tanto Miguel de Unamuno como los socialistas y los anarquistas se opusieron, junto a Pi, a la guerra de Melilla, no es menos cierto que se dio entonces en España un amplísimo consenso político sobre la oportunidad y conveniencia del conflicto militar, partiendo de la idea de que el estado y el ejército españoles debían castigar a los rifeños. Pich nos lo explica en un libro que no sólo está bien documentado sino que también está bien escrito. Un libro que se lee fácilmente, escrito con rigor pero también con amenidad, en el que predomina el elemento narrativo y que resulta de indudable interés no sólo para los estudiosos de la historia del colonialismo español o, más concretamente, del africanismo sino, en general, de la historia contemporánea española.

Acaso pueden hacerse unas puntualizaciones o sugerencias, en algunos aspectos de detalle. Al menos, en un par de ocasiones, el trabajo adolece de cuestiones de contexto que tienen que ver, sobre todo, con el mundo africano y sus relaciones con España. En la página 43, por ejemplo, se afirma que en el último tercio del siglo XIX la política colonial española hacia África fue poco agresiva, en contraste con «la carrera imperialista que habían iniciado las principales potencias europeas, aunque hubo algún intento de colonizar los territorios de la Guinea ecuatorial». Eso que Pich llama «algún intento» fue, por supuesto, mucho más que eso. Y es que fue, precisamente, en el último cuarto del siglo XIX cuando España pudo hacer efectivo el control de un territorio que le pertenecía, formalmente, desde un siglo atrás. El momento en el que las autoridades españolas implantaron una administración efectiva tanto civil como militar sobre el territorio; en el que favorecieron la llegada de colonos españoles y de empresas metropolitanas con el objeto de explotar los recursos naturales guineanos, especialmente en la isla de Bioko; el momento en el que facilitaron la instalación de los claretianos en Guinea, claros agentes impulsores de la colonización española; el momento, también, en el que el Estado español impulsó el conocimiento, geográfico y antropológico, de Río Muni; et-

cétera, etcétera. Unos hechos que conocemos gracias a los estudios de diferentes autores, como Jacint Creus, Gustau Nerín o Juan José Díaz Matarranz, entre otros.

Tampoco parece muy acertado, a la luz de lo que han trabajado diversos investigadores, afirmar junto a Gonzalo de Reparaz, como se hace en la página 59, que «la opinión pública [española] sólo se mostró partidaria de los imperialistas ocasionalmente, durante algunos estallidos patrióticos generados por incidentes diplomáticos», y limitar estos acontecimientos a un pequeño incidente con Francia, en 1883, y a la crisis de las Carolinas con Alemania, en agosto de 1885. ¿Acaso no fue una muestra de entusiasmo neoimperial español la movilización que acompañó, especialmente en Barcelona, la guerra de África, en 1859? ¿No lo fue también la empresa de los voluntarios enviados a Cuba, en 1869, desde diferentes puertos del país, para sofocar la rebelión independentista cubana? ¿O el entusiasmo mostrado de forma pública en las calles de Barcelona con motivo del embarque del general Weyler también a Cuba, en 1896?

Cabe señalar, asimismo, que el epígrafe dedicado a «El conflicto en Melilla y la prensa europea» se redacta, a pesar de su título, a partir de la selección y las traducciones que publicó *La Vanguardia*, un diario con un marcado perfil político y que, como tal, se dedicó a privilegiar determinados discursos y a soslayar otros. Este hecho apenas quita valor al apartado en sí pero no hubiese estado de más una crítica del autor a las fuentes que utiliza. Hay, por último, algún juicio de valor que poco aporta al lector como cuando afirma la ausencia de «sentido común» entre «los militares que confían en la testosterona» (p. 106). No obstante, mis apreciaciones tienen un valor escasamente relevante para el discurso del libro en cuestión; unas apreciaciones que no desmerecen el conjunto de un trabajo bien escrito y bien hilvanado, que está llamado a convertirse, si no lo es ya entre los especialistas, en un libro de referencia para el estudio de la guerra de Melilla de 1893-1894. Un libro, en definitiva, cuya lectura es recomendable.

Martín Rodrigo